

La Democracia

DIRECTOR: LUIS MUÑOZ RIVERA

Ponce, Julio 24 de 1893

CARTA PASADA POR AGUA

Madrid, Julio 8 de 1893.

Querido Director:

Leo en un periódico:

"El sacristán de la iglesia de la Compañía, en Santander, encontró un niño recién nacido en el altar de San Ignacio.

Los jesuitas se apresuraron a recogerle y bautizarle con el nombre de Ignacio."

¡Zambombita!

Si yo fuera casado y tuviera a mi mujer con un chico en puertitas y adelantada para el caso, y por casualidad un día al sentarme a comer me encontrase debajo de la mesa a una chiquitina recién nacida lo primero que se me ocurriría sería limpiarla.

Y luego bautizarla.

No encontrando otro nombre más adecuado le pondría Mesalinda.

Pero lo haría sin el apresuramiento que han demostrado los padres jesuitas.

Para esas cosas es preciso mucha calma.

Por supuesto que ninguno de ellos se apresuró a averiguar quien era el padre y quien la madre de la criatura.

Bien podía el sacristán sacarnos de dudas.

De los llamados representantes de Puerto-Rico nada puedo decirle todavía.

La mayor parte de ellos parece que vienen aquí de riguroso incógnito y no se dan a luz.

Y no estamos sin embargo satisfechos.

¡¡Helás!!

¡¡El As!! que traduciría un folletista de estos.

A Fernández Laza ni siquiera le he visto el pelo.

A otros sí los vi noches pasadas montados en el Tío Vito que levantaron en la *kenesse* y dando vueltas encima de los caballitos de palo.

Para esto bien podían haberse quedado comiendo *mamey* algunos que han venido del otro mundo, como dicen.

A menos que las frutas que se chupan por estos sitios sean más de su agrado que las jugosas y aromáticas de mi tierra.

Pero amigo mío la *brea* con ser tan sosa es más codiciada que nuestras sabrosas *piñas*, *mameys* y *guanábanas*.

Esto está hecho una balsa de aceite.

El gobierno ha tenido que aplazar indefinidamente y por Real Decreto el traslado de los Capitanes generales, por miedo, después de tanta baladronada.

En Sevilla anduvieron á tiros hace tres días.

En la Coruña han convertido la capital en una merienda de negros: allí no se acata autoridad ninguna.

Los catalanes claman por no ser españoles y un señor obispo en Barcelona lo ha dicho bien claro.

Y no solo ha metido la pierra, por no decir la pata, tratándose de un prelado, este buen señor, sino que otros paisanos suyos han dado en la misma manía, á más de llevar los campesinos el gorro frigio, prenda

cuyo uso se extiende por toda Cataluña, aunque Martínez Campos se atuse el mostacho.

En Salamanca es llevado en triunfo Salmeron: después de preguntar en un discurso que allí pronunció:

"¿Ha llegado el caso de que si no se nos entrega el poder apelemos á la fuerza?"

Le contestaron "que si lo que se empujaba no se caía, sería derribado el estorbo."

Esto es para poner la carne de gallina á quien yo sé.

En Valencia ha sido arrestado el general Marinó por haber asistido á un *meeting* de la juventud republicana.

En algunos pueblos de la provincia de Murcia, se ha alterado el orden y el gobernador se ha visto precisado á pedir auxilio, enviándose una compañía de soldados de infantería: se dominaron los motines á cambio de 200 heridos, 30 de ellos graves.

En Melilla los moros dan la paliza número 434: unos cuantos soldados españoles que paseaban tranquilamente recibieron de improviso una descarga y de ella resultaron heridos mortalmente un cabo de marina, el intérprete y dos marineros, á quienes fueron administrados los santos sacramentos cuando, después de recogidos, se les condujo al fuerte.

Ya esto es faltar á la reunión.

Pero el Gobierno está resignado. Lo que dicen los moros, y esto no es un secreto pues *El Imparcial* lo ha publicado en letras de molde.

"Franceses ser valientes y pejar; pero españoles ser gallinas." ¿Quién hace caso de lo que digan los moros?

En pleno Madrid, y á las ocho de la noche del 6, se agarraron barrenderos huelguistas, y guardias de orden público, á tiro limpio, y resultaron heridos de gravedad 23 barrenderos y 14 guardias.

Hubo su asalto y todo.

La policía trató de derribar la puerta de la casa donde estaban parapetados los huelguistas y arrojaron tal cantidad de ladrillos y pedriscos á los sitiadores que tuvieron estos que desistir. Volvieron á la carga, y recibieron entonces unos cuantos balazos; el sitio se mantuvo dirigido por el Gobernador al que pegaron un ladrillazo en un hombro que le hizo soltar un termo de primera fuerza. Y dió en el suelo con la humanidad de don Alberto.

El alcalde, señor Angulo, que por cierto no es ni siquiera pariente de aquel otro que tocaba la trompeta, ha presentado su dimisión.

Y por último, para fin de fiesta, un toro bravo llegó hasta la Puerta del Sol, y allí cogió y volteó á siete personas entre ellas á un sereno.

En la plaza de Santo Domingo fué detenido.

¿Qué tal el ramillete de noticias de esta semana?

Hablando de esto con un ministerial me contestó:

—Hombre, eso no es nada, si usted no tiene otras cosas más graves que decirme.

Yo me callé, acordándome de aquel imberbe que, al examinarse de Historia Universal cuya asignatura llevaba muy mal empogada, le preguntó el profesor:

—Joven, qué tiene usted que decirme de Atila?

—Pues de Atila... que... era... un... bárbaro.

—Bueno, conformes, pero ¿qué más?

—Nada más, ¡le parece á usted poco?

Ayer llegó la pareja de infantes y sólo fué recibida en la estación por su familia, la reina y la infanta Isabel, no yendo ningún ministro ni personaje, pues como le dije en mi anterior, no son aquí más que dos particulares, simpática ella y antipático él.

Hoy han almorzado en palacio y el 10 salen para París.

¡Ah! como presuma, se sabe que no han hablado una sola palabra de su visita á Puerto-Rico y que no se han acordado de ninguno de los caballeros que ahí les rendían homenaje... republicano.

Lo siento por los ilustres paisanos que se habrían figurado otra cosa.

Se va el correo.

Hasta después.

Su afilmo, amigo

RICARDO VONZ.

CRÓNICA

Ningún suceso notable ha ocurrido digno de preocupar la atención pública ni que de pretexto sirva al cronista para llenar unas cuartillas.

Navegamos en un mar tranquilo que no tiene más puerto que el de la esperanza, puerto lejano y dudoso al que solo llega ¡el que llega! después de haber luchado con recias tempestades.

La vida sin impresiones es la muerte del espíritu; y aquí cada individuo parece que lleva por alma un parche de tambor, que siempre dá el mismo sonido.

Habláis con una persona de política, de arte, de poesía; y cuando más habeis esforzado vuestros argumentos, cuando creéis haber comunicado á aquella alma vuestros entusiasmos y vuestras ideas, veis que en sus labios se dibuja una sonrisa sarcástica y burlona, como si os quisiera decir:

—Todo eso es muy bello, pero á mí "solo me afectan el calor y el frío."

El calor sobre todo, que en estos días nos asfixia. Al paso que la Europa vá enfriándose, según opinión de los sabios, América se calienta cada día más.

Aquí vivimos con el abanico en la mano como si fuéramos japoneses, y aburridos como cualquier musulmán... sin hacer.

Gracias á la *Estudiantina Pignatelli*, que nos ha proporcionado algunas horas de solaz, el tedio nos ha concedido una tregua.

Anoche dió esta su tercer concierto.

Cuando llegué al teatro se había cumplido la mitad del programa, pero aún resonaban en *La Perla* los aplausos con que fué acogida la tanda de walses de Waltenfeld, que interpreta magistralmente la *Estudiantina*.

Pero donde demostraron los instrumentistas ser unos grandes profesores, fué en la ejecución de la gran sinfonía de *Guillermo Tell*.

No se puede exigir más precisión, más delicadeza, ni mayor gusto artístico.

Después de todo lo que hemos dicho de la *Estudiantina*, nada nuevo podemos añadir, sino que el público, más numeroso anoche que otras veces, poseído de entusiasmo, interrumpió á los músicos con bravos y aplausos.

Mañana dará su función de despedida y aquellas personas que hasta ahora no la hayan oído, no deben perder la ocasión que se les presenta.

Y exhalando un suspiro, se levantó, cogióse el morral, cogió la escopeta, atravesó el camino, saltó una pequeña zanja y entró en el taller.

El perro, que iba delante husmeando los matorrales, se detuvo de pronto, quedando de muestra con la pata levantada é inmóvil como si se hubiese convertido en piedra.

Moviendo débilmente el rabo, parecía llamar con los ojos á su amo. Dio éste apresuradamente algunos pasos, y en aquel instante saltó una gran liebre escapando rápida como una bala. El cazador apuntó y disparó con precipitación. Disipado el humo del tiro, vio sin admirarse, pero con disgusto, que la liebre desaparecía en la espesura del bosque.

—Otra que se me escapó!—murmuró. Y volviendo hacia el perro, que le esperaba con aspecto resignado, añadió:

—¿Qué desgracia! ¿no es verdad? ¡Tú lo haces tan bien!

En aquel momento, y á unos cien metros de distancia, resonó otro tiro. Después de un momento de silencio oyóse ruido de pasos en la espesura, y apartando las delgadas ramas, apareció en la lina del bosque un vigoroso joven vestido con blusa azul de cañer, calzando con grandes botas, y con un sombrero viejo en la cabeza. En una mano llevaba la escopeta, y en la otra, cogida por las patas traseras, la liebre que se había escapado antes.

—Ha estado usted más certero que yo, según parece,—dijo sonriendo el joven y dirigiéndose al recién llegado.

—¡Ah! ¿se usted el que ha disparado, caballero?—preguntó el hombre de la blusa.

—Sí, y con bastante torpeza, porque el animal salió de junto á mis pies y le tiré á veinte pasos.

—En efecto, no es una gran prueba de

habilidad,—observó el de la blusa con ironía.—Pero, ¿cómo es, caballero, que caza usted en esta parte del bosque?

—Cazo,—contestó el joven un poco admirado,—porque tengo derecho á ello.

No lo creo; estos bosques pertenecen al señor Derblay, y á nadie permite poner el pie en ellos.

—¡Ah, ah! ¡El dueño de la ferrería de Pont-Avesnes!—preguntó en tono altanero el joven.—Si estoy en sus tierras es sin saberlo, y lo siento; me habré extraviado.

¿Es usted, sin duda, guarda del señor Derblay?

—Y usted, ¿quién es?—preguntó el de la blusa sin contestar á la pregunta que le hacían.

—Yo soy el marqués de Beaulieu, y le ruego crea no tengo por costumbre cazar en vedado.

Al oír estas palabras ruborizóse el hombre de la blusa, é inclinándose con deferencia dijo:

—Perdóneme usted, señor marqués; de saber con quien hablaba, no me hubiera permitido pedirle explicaciones. Continúe usted cazando, se lo ruego; yo soy quien se retira.

Mientras hablaba su interlocutor, el Marqués le observó atentamente. A pesar del rústico traje tenía buena fealdad. Su rostro, rodeado de negra barba, era bello é inteligente, y las manos finas y cuidadas. Además, llevaba colgada del hombro una escopeta de preciosa sencillez, como sólo saben hacerlas los armeros ingleses.

—Muchas gracias,—contestó fríamente el Marqués;—pero no tengo el honor de conocer al señor Derblay. Sé solamente que es un vecino molesto con quien no estamos en buenas relaciones, y no volveré á disparar un tiro en sus tierras.

Todo el que sea aficionado á la música debe asistir al último concierto que ha de tener lugar mañana.

Ya que el señor Orós es tan complaciente con el público, le haremos observar, que éste oiría con gusto *La Marsellesa*, que ejecutada por los distinguidos concertantes, resultaría sublime. Y como suponemos que tan hábiles profesores no desconocerán el popular himno francés, esperamos de la galantería del señor Orós que en la función de mañana complacerá á las muchas personas que se nos han acercado con ese objeto.

MARIANO ABRIL.

A DIESTRO Y SINIESTRO

La ley de presupuestos concede cuarenta mil duros á la exposición puerto-riqueña.

Ya está en fondos.

Ya es posible la propaganda del pensamiento.

Ya no hay que temer un fracaso. Los iniciadores tienen edificios gráti y ayuda entusiasta.

Solo falta entusiasmo.

Y eso ni se fabrica ni se compra. Gracias á la torpeza de los poderes metropolitanos que no saben ni quieren desarrollar la industria ni aun en sus manifestaciones más rudimentarias y elementales, no tiene el país nada que exponer.

Con unos bastones de Cabo-Rojo y unas pastas de Ponce y unos chocolates de San Juan no se hacen exposiciones.

Y por mucho que pongan en prensa su imagin los exposicionistas, no lograrán un *sucesos d'estime*.

Y saldrán de sus apuros en tan solemne ocasión poniendo en exposición

un gasto de cien mil duros.

Al pueblo no queda humor de concurrir á ninguna parte.

Con los aranceles, que le dividen por la mitad; con los consumos, que le descuartizan y con los cambios al enarentineo por ciento que le matan de hambre, pronto no saldrá de sus bohios porque allí le sumen la anemia incurable y la desnudez vergonzosa.

Cincuenta centavos ganan los braceros más fuertes: tres *mejicanos* en siete días, porque el domingo se come también.

Y esos tres *mejicanos*, por la depreciación que soportan, se reducen á dos no más.

Dos duros para alimentarse y vestirse familias de cuatro, seis, ocho individuos, durante siete días.

¡Cinco centavos diarios por cabeza! Esto es triste y al pensar en ello, al bajar con la imaginación á las chozas en que nuestros paisanos vegetan; al verles, pálidos y enfermizos, bajo la lluvia y el sol, sin esperanza y sin abrigo, nos invade una amargura muy honda y no comprendemos que se tire el dinero de los pobres en fiestas más ó menos conmemorativas y patrióticas.

En circunstancias como esta, en que tantas luchas cuesta ganar un maravés, con razón dice el país que no estamos para fiestas.

En América y en Europa, donde quiera que ha penetrado la civiliza-

ción, los hombres de clase más humilde y de recursos más mezquinos viven en casa cerrada; calzan unos snecos ó unas alpargatas; visten un traje que les protege y les resguarda y comen un plato rico en jugos nutritivos.

Aquí el *jibaro* vive—muere, que es más exacto y más gráfico—en un rancho de pajas en que la lluvia penetra por cien agujeros; va descalzo; viste de coleta y come un trozo de *bacalao* y unos pocos *majafos* sin sustancia.

No puede hacer más.

Y es un milagro que haga tanto ¡con cinco centavos al día!

Eso es lo que necesita *exponerse* en plena luz.

Eso es lo que no nos deja ser altos y viriles.

Eso es lo que determina una decadencia tan grave y una postración tan profunda.

Eso detiene al progreso, entorpeciendo su acción redentora; pero eso

no estará en la exposición.

LITERATURA

TRAS DE CUERNOS... PALOS

—¡ Señor Director!

—Muy señor mío.

—Usted no tendrá el gusto de conocerme.

—Efectivamente

—Yo soy don Bibiano Mamalón...

—¿ De Gorra?

—El mismo que viste y calza.

—¿ Suscriptor del pueblo de *Gandurres secos*?

—Sí, señor.

—Celebro verle. ¿ Y le trae por aquí?

—Pues, usted ha de perdonar...

—¿ Qué no haya solventado antes los trimestres?...

—No señor, no. Yo no tengo pendiente más que uno.

—¿ Y el que cursa?

—Como no vence hasta el día último.

—Y estamos á veintisiete. ¡ Ya!

Pero es que las suscripciones se han de pagar por adelantado.

—Sí, ya sé que ustedes dicen eso, pero yo me he jurado no pagar los periódicos, sino...

—Cuando le dé la gana... ¿ verdad? Quién pudiera encontrar operarios y papel y sellos de franqueo á plazo tan cómodo.

—Es que le diré á usted...

—No, no se excuse; la enfermedad es general. Pero veamos entonces lo que le trae, pues tengo poco tiempo que perder.

—Pues le diré. Tenemos allí un cura que no se puede resistir.

—¡ Hola! ¿ Y qué hace ese cura?

—Le gustan los gallos...

—¿ Con arroz?

—No, señor. En la gallera.

—Ya, ya.

—Y yo soy el rematista del arbitrio. Es decir, lo era, porque el cura me ha acusado de espiritista...

—¿ Y qué tienen que ver los gallos con los espíritus?...

—Le diré. En casa se reunían de noche algunos hermanos, porque tengo una muchacha que es el mismo demonio, para eso de hablar con los espíritus.

—¡ Vamos! *Es médium*.

—Sí, señor: *medium* vidente y escribiente. ¡ Si usted viera la carta que ha escrito, dictada por Agapito Pomarosa, un viejo compañero que había en *Gandurres secos*, y que se murió de una indigestión...

Estoy desde ayer en Beaulieu; conozco mal el terreno, y la afición á la caza me ha hecho traspasar los límites de nuestras posesiones, pero no me volveré á suceder.

—Como usted guste, señor Marqués,—contestó amablemente el de la blusa.—Puedo asegurarle que el señor Derblay se felicitaría de probar á usted en estas circunstancias que si es vecino molesto, lo es muy á pesar suyo. Ha hecho pasar por los terrenos de Beaulieu un ferrocarril minero, pero está usted seguro que lamenta la usurpación y que está dispuesto á indemnizarle como á usted le convenga. Los linderos entre vecinos son algunas veces inciertos,—añadió sonriendo.—Usted mismo acaba de convencerse de ello... No juzgue usted al señor Derblay sin conocerlo, porque de seguro lamentará algún día la severidad del juicio.

—Usted es, sin duda, amigo del amo de las ferrerías ó uno de sus empleados,—dijo el Marqués mirando al hombre de la blusa —porque le defiende con un calor...

—Muy natural, créalo usted señor Marqués.

Y cambiando de pronto la conversación, añadió:

—Pero parece que no ha sido usted muy afortunado ni en Beaulieu ni en Pont-Avesnes. El señor Derblay tiene el amor propio de que en sus tierras hay abundante caza, y sentiría que pudiera decirse que ha salido usted de ellas sin llevar nada.

Tenga usted la bondad de aceptar esta liebre, ya que se ha tomado la molestia de levantarla, y de unir á ella estas cuatro perdices.

—No puedo aceptarlas,—respondió con viveza el Marqués.—Guárdelas, y le ruego que no insista en su ofrecimiento.

FOLLETIN (1)

JORGE OHNET

LA FERRERIA DE PONT-AVESNES

Versión castellana de Luciano Najera

En un sereno día del mes de octubre de 1880, estaba sentado á la lina de uno de los hermosos encinares que cubren con su fresca sombra las primeras estribaciones del Jura, un joven vestido con elegante traje de caza.

A pocos pasos de distancia, un excelente perro de color de canela, echado sobre las matas, miraba con atentos ojos á su amo, como preguntándole si continuaría pronto la caza. Pero el cazador no se mostraba muy dispuesto á proseguir la tarea. Había apoyado la escopeta en el tronco de un árbol, arrojado el morral vacío sobre el respaldo de la cuneta del camino, y con la espalda vuelta al sol y la cabeza apoyada en la mano, miraba distraído el admirable panorama que se extendía á su vista.

Al lado opuesto del camino, junto al cual se había parado, extendíase á lo largo del bosque un taller de dos años, cuyos capelletes brotaban como islotes de verdura entre los matorrales y altas hierbas amarillentas. El terreno, cubierto de bosque, descendía en suave pendiente hacia el valle, y dejaba ver entre las praderas la aldea de Pont-Avesnes, espinando sobre los rojos tejados

de sus casas la torre cubierta de pizarras, en forma de embudo, de su vieja iglesia.

A la derecha estaba el castillo, rodeado de anchos fosos secos y plantados de árboles frutales. El Avesnes, hillo de agua que los habitantes califican ambiciosamente de río, brillaba como cinta de plata entre los achaparrados sauces que inclinan las ramas sobre sus orillas.

Algo más lejos está la ferrería, arrojando por las chimeneas de sus altos hornos rojizo humo, que barrido por el viento, extiende sus negras masas en lo bajo de la colina, cuyas bases de roca tienen anchos agujeros para la extracción del mineral. Sobre estas excavaciones verdían las viñas, dando de sí un villosillo blanco que sabe á piedra de chispas, y que se vende ordinariamente con el nombre de vino de Mosela.

El cielo de color azul pálido estaba inundado de luz, y una niebla, transparente como tenue velo, flotaba en las alturas. Profunda paz reinaba en aquel alegre paisaje, y la atmósfera era tan pura que el sonido de los martillos de la ferrería llegaba del valle hasta el bosque.

Dominado por la calma que le envolvía, estaba inmóvil el joven cazador. Poco á poco sucedió en su ánimo al atractivo del paisaje un profundo sentimiento de bienestar, siguiendo sonriente con la imaginación las vagas ideas de sus pasadas aventuras. Doraba el sol las copas de los rojos árboles, calentando sus matorrales, y el silencio en el bosque era cada vez mayor.

El hocico húmedo del perro puesto sobre sus rodillas le sonó bruscamente de su meditación. La mirada casi humana del animal le dirigió un ruego mudo.

—¡ Ah! ¡ ah! —dijo el joven,— te aburre, amigo mío? Vamos no te impacientes

En marcha.